

FRANCO PRESIDE, EN EL ESCORIAL, EL CAPITULO DE LA REAL Y MILITAR ORDEN DE SAN HERMENEGILDO

“Si al Ejército se le encomienda el ser depositario fiel de las esencias de la Patria, tiene que cuidar como su más estimada joya el honor y los altos valores espirituales”, dijo el Jefe del Estado

LA MISA OFICIADA EN LA BASILICA ASISTIERON, CON VARIOS MINISTROS, REPRESENTACIONES DE OTRAS ORDENES MILITARES Y DIVERSAS PERSONALIDADES

En la reunión del Capítulo de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, celebrado ayer por la mañana en San Lorenzo de El Escorial, Su Excelencia el Jefe del Estado pronunció el siguiente discurso:

Señores generales, jefes y oficiales, caballeros de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo:

En la exposición que el gran canciller de nuestra Orden ha hecho de la historia y trascendencia de la misma, ha centrado perfectamente la importancia que ha tenido para estimular la constancia y las virtudes en nuestros Ejércitos. Entre las Ordenes Militares de nuestra nación ninguna conserva tan clara y lozana su actividad como la de San Hermenegildo, cuyo Capítulo se ha reunido hoy en este Monasterio de El Escorial con la solemnidad que estas reuniones extraordinarias han revestido siempre en las contadas ocasiones en que el Capítulo se reunió bajo la presidencia del Jefe del Estado, a todos los efectos su Soberano.

Si se examinan los momentos en que esta Orden fue creada, inmediatos a nuestra guerra de la Independencia, se comprende la necesidad sentida, a raíz de aquellos acontecimientos que conmovieron las entrañas de la Patria, de cuidar de los altos valores del espíritu y estimular la cohesión, la unidad y la disciplina de sus Ejércitos, evidentemente alteradas como consecuencia de las vicisitudes porque tuvieron que pasar.

No podía haberse buscado advocación más apropiada que la de colocarla bajo el nombre de aquel santo mártir, príncipe español, cuya fe, lealtad y constancia no fueron jamás en la historia superadas. Su renuncia al reinado y a la gloria, y su entrega voluntaria al verdugo antes que renunciar a su fe, había necesariamente de producir grandes frutos. Así fue la conversión al catolicismo del Rey, su padre, y la subsiguiente de toda España bajo el reinado de Recaredo, que vino a constituir el hito más importante en la vida de nuestra nación.

Aspiraba nuestra Orden, siguiendo tan alto ejemplo, a lograr un mejor cuidado del honor y de las altas virtudes militares, constituyendo un preciado galardón otorgado a la constancia en el servicio sin mácula. El imprimir al militar el cuidarse de mantener siempre limpia su hoja de servicios; el evitar, por todo los medios, echarla una mancha que no pueda lavarse, y el sujetarse anualmente al juicio formal de sus superiores, ha sido el norte durante siglo y medio de toda la vida militar de los cuadros de mando del Ejército, bajo la custodia fiel del Capítulo de la Orden, presididos por su gran canciller, cuyo cargo va unido al del general presidente del más alto Tribunal de justicia militar de la nación.

Pese a la rigidez y exigencia de su Reglamento, la Orden de San Hermenegildo imperó sin interrupción al correr de su siglo y medio de existencia, ejerciendo su acción benéfica en todas las grandes crisis de nuestra Patria. ¿Cuántos desde su nacimiento prefirieron, como su Patrono, la muerte al deshonor? Bien recientes están los casos gloriosos de tantos compañeros que durante nuestra Guerra de Liberación escogieron la muerte a servir con las armas en el ejército rojo contra el in-

terés supremo de la Patria. ¡Cuánta constancia y renunciaciones gloriosas!

Hay que vivirla para comprender la cantidad de mortificaciones y renunciaciones que entraña la vida militar: la subordinación sin réplica ni vacilación a los mandatos del superior, el sacrificar siempre vida y familia a lo que el deber nos marca. ¡Y qué fácilmente se puede caer en la censura,

perdiendo para toda la vida este bello y honroso galardón!

La Orden es tan seria y se hila en ella tan delgado que recuerdo siempre la impresión que me causó en la juventud, siendo yo comandante, el conocer que uno de nuestros más distinguidos y preclaros generales de la guerra de Africa, que iba a ser destinado de presidente al Consejo Supremo de Guerra y Marina, no lo fue porque muchos años antes le había sido negada la Cruz de San Hermenegildo. Aquel dignísimo general tuvo que pasar por el dolor de presentarse al ministro y rogarle no le hiciese al final de su vida pasar por la mortificación de tener que encargar a otro teniente general subordinado el ejercer la gran Cancillería de la Orden por no poder él desempeñarla.

Si en todos los tiempos la Orden de San Hermenegildo tuvo una acción benéfica sobre los cuadros de jefes y oficiales, resistiendo a todos los vendavales que la Patria sufrió, en los tiempos que vivimos alcanza una importancia todavía mayor ante la invasión materialista y la honda crisis en el mundo de los valores del espíritu.

Si al Ejército se le encomienda el ser depositario fiel de las esencias de la Patria, tiene que cuidar como su más estimada joya el honor y esos altos valores espirituales. La afirmación de este vigor, fortaleza y cuidado de nuestras virtudes es la alta significación del acto a que asistimos.

Queda clausurado el capítulo de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.

RECIBIMIENTO AL GENERALISIMO EN LA LONJA

Su Excelencia el Jefe del Estado y Soberano de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo presidió ayer en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial la reunión del Capítulo de la misma, que desde hace cuarenta años no se celebraba. A las once llegaba a la Lonja el Caudillo, que vestía uniforme de capitán general y, sobre su pecho, prendía la Laureada de San Fernando y la Gran Cruz de San Hermenegildo. En otros coches llegaron los jefes de sus Casas Militar y Civil, segundos jefes y ayudantes de Servicio.

A las diez y media hizo su entrada en la Lonja el Estandarte, que era portado por caballeros capitulares, abanderado de la Orden y laureado de San Fernando, teniente coronel D. Esteban Ascensión, perteneciente al Ejército de Tierra. Daban guardia al mismo dos jefes, uno del Ejército de Mar y otro del de Tierra, caballeros capitulares, situados a la derecha e izquierda del Estandarte. Siguiendo a éste marchaba el gran canciller de la Orden con sus ayudantes, y rindió honores de arma presentada, mientras sonaba el Himno Nacional, una compañía del batallón del Ministerio del Ejército, con escuadra de gastadores, banda y música. Seguidamente, el Estandarte fue pasado al lugar donde se hallaban situados los ministros y grandes cruces, que esperaban la llegada del Generalísimo.

Al descender del coche, Su Excelencia fue saludado por el ministro del Ejército y por el capitán general de la Primera Región

Militar, con quienes pasó revista a las fuerzas indicadas, mientras la banda de música interpretaba el Himno Nacional. El Generalísimo Franco fue cumplimentado por los ministros de Marina, almirante Abárzuza; de la Gobernación, Sr. Alonso Vega; del Aire, teniente general Rodríguez Díaz de Lecea; de Industria, Sr. Planell, y subsecretario de la Presidencia, Sr. Carrero Blanco. Después lo hicieron el alcalde de San Lorenzo de El Escorial y administrador del Patrimonio.

Esperaban también en la Lonja el capitán general Sr. Muñoz Grandes y varios tenientes generales, entre los que figuraban los señores Martín Alonso, capitán general de Cataluña, y García Valiño. En el Patio de Reyes estaban igualmente los caballeros grandes cruces, pertenecientes al Capítulo; el arzobispo vicario general castrense, doctor Muñozerro, y el prior del Monasterio, Comunidad Agustiniana. Asimismo había sido trasladado allí el templete con la reliquia de San Hermenegildo, depositado en el Monasterio, al que daban escolta seis caballeros.

A la entrada de la Lonja habían sido instalados, a ambos lados, cuatro grupos de mástiles con escudos nacionales y los de la Orden de San Hermenegildo.

El público, que desde las primeras horas de la mañana se había congregado en los alrededores del Monasterio, hizo objeto a Su Excelencia el Jefe del Estado de un cariñosísimo recibimiento.

SE ORGANIZA LA PROCESION

Una vez cumplimentado el Caudillo por los ministros, autoridades y personalidades que le recibieron, se organizó la procesión en la misma puerta del Patio de Reyes por el siguiente orden: Estandarte, caballeros grandes cruces, caballeros placas de la Orden, de menor a mayor antigüedad; caballeros cruces, gran canciller de la Orden, Comunidad de los Padres Agustinos, que llevaba en el centro la reliquia del Santo, escoltada por seis caballeros; Su Excelencia el Jefe del Estado y Soberano de la Orden, vicario general castrense, prior del Monasterio, séquito de Su Excelencia y resto del cortejo.

Llegada la procesión a la Iglesia, Su Excelencia se dirigió al sitial que le estaba reservado, en lugar preferente, al lado del Evangelio, y en el presbiterio. Enfrente se situó el vicario general castrense; detrás el Generalísimo, los jefes y segundos jefes de sus Casas Militar y Civil; prior del monasterio y párroco de la localidad. El Estandarte fue situado cerca del Caudillo, y la reliquia de San Hermenegildo junto al vicario general castrense. También en el lado del Evangelio, ocuparon lugar los ministros del Gobierno por el siguiente orden: del Ejército, Marina, Aire, Gobernación, Industria y subsecretario de la Presidencia; después, el capitán general del Ejército, señor Muñoz Grandes; almirante Bastarache; almirante Moreno; Gran canciller de la Orden; teniente general Gutiérrez Soto y los capitanes generales de la primera Región de los Ejércitos de Tierra, Aire y Mar. Detrás de los ministros se hallaban las esposas de éstos y de las demás autoridades citadas. Dando frente al altar, en el mismo lugar y en bancos reservados, los tenientes generales y almirantes; subsecretarios, directores generales; generales de división y vicealmirantes y caballeros de la Orden de San Hermenegildo invitados al acto. En el lado de la Epístola y frente al Gobierno, los cancilleres de las siguientes Ordenes Militares: Real y Militar Orden de San Fernando; Consejos de las Ordenes y Ordenes Militares de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa; Soberana y Militar Orden de Malta; caballeros del Santo Sepulcro; Cuerpos de Hijosdalgos de la Nobleza de Madrid

y Soberana Orden Militar de San Jorge. Detrás, los caballeros miembros de estas mismas Ordenes. Seguidamente, los jefes de los Estados Mayores de Tierra, Mar y Aire, teniente general Cuesta Monereo, almirante Antón Rozas y teniente general Palacios y Ruiz de Almodóvar. Dando frente al altar, las autoridades civiles, generales de brigada, contraalmirantes, caballeros de San Hermenegildo y otros invitados. En el pasillo central de la basílica se colocaron los caballeros del Capítulo de San Hermenegildo, en número de ochenta.

SOLEMNE CEREMONIA EN LA MISA

Se celebró seguidamente una misa rezada, en cuyo "memento" el sacerdote oficiante pidió por los caballeros de la Orden, fallecidos. Al llegar al Sanctus, cinco caballeros Grandes Cruces de los tres Ejércitos subieron las escaleras del altar, uno a uno, hasta el presbiterio y, después de saludar a Su Excelencia el Jefe del Estado y Soberano de la Orden con una inclinación de cabeza, como igualmente al arzobispo vicario general castrense y al Estandarte, recibieron de los ujieres del Consejo Supremo de la Orden unos hachones con los que dieron vela al Santísimo durante el solemne acto de la Consagración. Terminada la ceremonia de la vela, y con el mismo protocolo, regresaron a sus puestos.

Una vez finalizada la misa, el Capítulo inició la procesión en el mismo orden fijado con anterioridad, hasta la llamada Iglesia Vieja, donde Su Excelencia y Soberano de la Orden ocupó el Trono que le estaba reservado. A su derecha se situó el gran canciller y a su izquierda los ministros del Ejército, de Marina y del Aire y caballeros Grandes Cruces. A continuación y por orden de antigüedad, el capitán general del Ejército y los demás caballeros Cruces. Los restantes ministros, y el de la Gobernación, Sr. Alonso Vega, caballero Cruz, ocuparon lugares preferentes frente al trono. En el centro se colocó una mesa con el expediente que había de examinarse y una bolsa con bolas blancas y negras, que han de servir para la votación. Tras de esta mesa se situaron el secretario y el relator de la Orden.

COMIENZA EL CAPITULO

Abierto el Capítulo, se dio entrada a los nuevos Caballeros de la Orden: general del Ejército de Tierra D. Juan García de Miguel; al contraalmirante D. Melchor Ordóñez y al intendente del Aire D. Emilio Lostán, a los que Su Excelencia el Jefe del Estado y Soberano, impuso la Gran Cruz de San Hermenegildo.

DISCURSO DEL CANCELLER DE LA ORDEN

A continuación, el gran canciller de la Orden, teniente general Gutiérrez Soto, pronunció el siguiente discurso:

"Señor: Reunir el Capítulo de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo es, sencillamente, cumplir un precepto reglamentario, pero hacerlo con la solemnidad que este acto reviste y con el honor de que V. E. personalmente lo preside, da al acto y a la Orden una especial importancia y significación.

Cuando la Majestad de Fernando VII fundó esta esclarecida Orden Militar quiso, de un modo especial, demostrar que no se trataba de una condecoración más de aquellas que, en turbulentas épocas políticas, se prodigaron, sino darla un carácter de verdadera Orden de Caballería de la que formasen parte aquellos dignos oficiales que dedicasen lo mejor de sus vidas al servicio de sus reales Ejércitos y Escuadra, sufriendo durante años los riesgos e incomodidades propios de tan penosa carrera y que, sacrificando su libertad y propias conveniencias, aunándose y perpetuándose en ellas, contribuyesen con su

permanencia en los Cuerpos a conservar aquel buen orden, disciplina y subordinación que siempre hizo invencibles a los Ejércitos veteranos y los condujo a la victoria.

Esto requería el cotidiano cumplimiento del deber con abnegación, virtud y sacrificio, que participan de lo heroico en buen grado y son el manantial inagotable de los que derrochan a raudales el heroísmo en caso necesario. Vuestra Excelencia, que tanto cuida no sólo de que los tres Ejércitos que sirven a la Patria estén a punto en técnica y entrenamiento para poder equipararse a los Ejércitos más modernos, al cuidar, reverdecer y dar nuevos brillos y esclarecimientos a los viejos laureles de esta preclara Orden, completan lo que un Ejército regular y permanente necesita: por encima de todo la conservación de su moral, que es consecuencia, primero, de una vocación; después, de una especial llamada a un penoso pero honrosísimo servicio; de una preparación adecuada en las Escuelas y Academias Militares, más tarde, y de llevar a la vida de las guarniciones, en paz y en guerra, ese espíritu que nunca será bastantemente alabado y que, precisamente, se recoge en esta Orden Militar, que es la diaria abnegación y sacrificio, la continua limitación y freno ante las tentaciones de la vida, poniendo los valores espirituales por encima de los bienes materiales, teniendo siempre en la mano, incólume, la hoja de servicios como un espejo que refleja la imagen de la continuidad en tan abnegada conducta.

Y esto, señor, que en todo tiempo fue meritorio, lo es más en los actuales, en que el materialismo del mundo en general y los mismos progresos materiales de los inventos y de la técnica parecen querer ahogar esas últimas apelaciones, en definitiva fuerzas morales y espirituales, que son la lealtad, la energía, la abnegación y el valor.

Gracias a V. E. nos hallamos ante una hermosa realidad que añadir a los muchos éxitos que ha logrado en el sabio gobierno de España. Aquí tenéis, señor, un conjunto de hombres que significan una reserva colosal alrededor de vuestra persona, porque representan a 30.000 caballeros de las Fuerzas Armadas de los tres Ejércitos, y lo que es más importante, a lo más selecto de todas ellas, dispuestos a cumplir con los deberes que su profesión les imponga, el que menos con veinticinco años de servicios bien calificados y algunos con más de medio siglo.

Aquí están, con la sencillez y modestia que caracteriza a los profesionales de las armas, sin que en todo el tiempo de vuestro mandato providencial hayan pedido nada ni se hayan significado llamativamente, apareciendo con la tranquilidad del deber cumplido a través de todas las vicisitudes de paz y guerra, de las que fueron protagonistas; todos orgullosos de pertenecer a la Orden, que es como la música de fondo en los Ejércitos, que en todo tiempo excita, lo mismo en paz que en guerra, el ánimo del oficial para sostenerle en su puesto con dignidad y honor, patentizando constantemente sus militares virtudes, y aquí estamos todos, impregnados de un sentimiento de gratitud inmensa a Vuestra Excelencia por haber acordado reunir el Capítulo y presidirlo, mostrando con ello vuestro amor a la tradición y vuestro cariño a esta Real y Militar Orden, que se mira en el espejo de las virtudes del más grande de sus Caballeros. Vuestra presencia es el mayor orgullo y el mejor estímulo para todos nosotros.

Queremos ver brillar, con gloria inmarcesible, en vuestro hidalgo pecho, junto a la Orden del Valor, la de San Hermenegildo de la Lealtad y la Constancia, que nos señala la ejemplaridad de la vida de quien es el más alto dechado del valor y del honor. En vos tenemos luz y guía; cuantos estamos orgullosos el uniforme de la honrada legión de la Milicia, servimos a Dios a España, cumpliendo vuestras órdenes. Al teneros entre nosotros parece que se juvenece toda la Orden, se exalta nuestro patriotismo, afluyen a nuestras mentes

tría española, siempre proclama en santos y héroes, sabios y artistas, caballeros de ideal y mártires por la fe en Dios y en sus propios inmortales destinos.

Que la lealtad y constancia con que San Hermenegildo defendió la doctrina del Redentor, hasta derramar generosamente su sangre por ella, siga señalando en todo tiempo a los gloriosos Ejércitos de España el camino de la entrega sin reservas al cumplimiento del deber, de ser su salvaguardia y de no escatimar, si su honor y su defensa lo exigiesen de nuevo, la ofrenda de la vida en su altar, como en tantas memorables ocasiones. ¡Vivan los Ejércitos Nacionales! ¡Viva Franco! y ¡Viva España!

Después, Su Excelencia el Jefe del Estado y Soberano de la Orden pronunció el discurso que damos en otro lugar.

REGRESO DEL GENERALISIMO A EL PARDO

Finalizado su discurso, que fue largamente aplaudido, Su Excelencia el Jefe del Estado abandonó el Monasterio, dirigiéndose, a través de los claustros y el Patio de los Reyes, a la Lonja, donde se despidió de los ministros y demás personalidades, emprendiendo seguidamente el regreso a su residencia de El Pardo.

Un gran gentío, estacionado en la Lonja tributó al Caudillo una despedida muy cariñosa, entre vítores y aclamaciones.

tantas páginas gloriosas como os debe la Patria, por lo que saldremos de aquí todos enardecidos, llenos de ánimos para perseverar en los principios que constituyen el espíritu de nuestra Orden, cuya cifra y compendio son la disciplina y el amor a la Patria, firmes cimientos del honor, de la lealtad y del cumplimiento del honor.

Termino estas palabras, humildes pero llenas de amor a los Ejércitos, al Caudillo y a España, pidiendo a nuestro Patrono, San Hermenegildo, en este MCCCLXXVI aniversario de su celestial natalicio, al cambiar la corona de rey por la más bella y hermosa de mártir de Cristo, que proteja a los Ejércitos, a su insigne Capitán, nuestro Jefe y Soberano, a esta bendita pa-